

Anexo 1

**El Padre Bruno
y su historia en
el Colegio
San José de
Buenos Aires**

**Por
Héctor Mario Vigil**

Mi historia con el Padre Bruno Ierullo comenzó en los salones de la Primaria del Colegio San José de Buenos Aires, cuando yo era apenas un niño y él nos preparaba para recibir nuestra Primera Comunión. Luego nos volvimos a encontrar en el Secundario como profesor de Catequesis en tercer año, y allí Bruno junto al Padre Francisco “Paco” Daleoso iniciaron con nosotros un proyecto pastoral que era distinto a los de los otros colegios católicos. En ese tiempo la catequesis era muy teórica, con el famoso libro de preguntas y respuestas, con lecciones, dictados, con el aprendizaje de memoria. Ellos empezaron a trabajar una pastoral vivencial, organizando encuentros, campamentos, salidas, jornadas de reflexión y retiros espirituales.

En nuestra realidad adolescente, Bruno y Paco nos contuvieron, hablábamos mucho, compartíamos nuestra vida, eran nuestros referentes dentro de una iglesia que estaba en un clima de apertura, post Concilio.

Eran los inicios de la década del setenta, el contexto general del país presentaba una creciente conflictividad social y las manifestaciones de violencia comenzaban a hacerse visibles. Algunos sacerdotes

jóvenes de la Congregación se vincularon con el movimiento de los “curas del Tercer Mundo”, evidenciando un compromiso social y político para trabajar en el territorio. Esto generaba algunas tensiones dentro de la comunidad religiosa: por ejemplo, mientras los más jóvenes adoptaban una vestimenta informal, sin el clériman, los sacerdotes mayores mantenían el uso tradicional de la sotana.

El Padre Jorge Murias, rector del colegio, había llevado a un grupo de exalumnos a misionar a la Villa de Retiro, colaborando con el trabajo que impulsaba el Padre Carlos Mujica, referente de esa época intensa en lo social y lo político. Cuando se nos propuso sumarnos, Bruno y Paco, con su mirada siempre prudente y pastoral, nos reúne y nos invita a vivir una experiencia de misión pero en el barrio de Adrogué, donde está la Casa de Formación de la Congregación, para realizar un trabajo de servicio, alejados del clima de tensión que se vivía en Retiro.

En Adrogué conformamos un grupo misionero fantástico, íbamos los sábados a visitar a las familias del barrio, conocerlos, compartir un rato. Allí se inició la construcción de la Casa del Niño, y nosotros ayudamos levantando paredes, armando piezas, organizando las kermeses, fiestas, choripaneadas, -¡qué delicia eran los chorizos a la pomarola que cocinaba Pascual, el hermano de Bruno!- todo para conseguir

fondos para una obra que dio mucho fruto, el primer gran sueño de Bruno que hoy a más de 50 años sigue en pie, más vivo que nunca.

Al mismo tiempo, en el Colegio funcionaba un Centro de Estudiantes, donde yo era delegado de curso. Bruno nos reunió un día a todos en el salón de actos y nos dijo «muchachos, ustedes no lo van a entender, seguro se van a enojar, pero a partir de hoy no existe más el Centro de Estudiantes». Fue un momento complicado, no entendíamos nada, estábamos furiosos, pero su decisión fue implacable: hasta se quemaron los libros de actas que se escribían en las reuniones del Centro. Obviamente al tiempo comprendimos que el que sí entendía todo era Bruno, era octubre de 1975 y Bruno nos estaba protegiendo, siempre adelantado a todo.

Tan adelantado era, que en ese tiempo había instaurado la materia “Educación Sexual” en el Colegio, algo que para la época era impensado, casi prohibido, no solo en la iglesia sino en cualquier escuela. Y esto causó un increíble revuelo en las madres, todas espantadas, que en el horario de entrada al colegio y en el bar de la esquina se preguntaban «¿este cura qué se piensa?», «¿cómo le van a hablar a los chicos de sexo?». Todos reprochaban pero nadie iba a hablar con Bruno para pedir alguna explicación. La que se animó fue mi madre, lo

buscó en el Colegio, le preguntó y Bruno le mostró una carpeta con todo un plan detallado de educación sexual para adolescentes, que no recuerdo de dónde lo había conseguido. Mi madre lo felicitó y le pidió que se lo muestre a todos los padres porque estaban hablando pestes, a lo que Bruno le responde «estaba esperando que alguien venga a preguntarme». Bruno prefería la frontalidad. Siempre nos decía «con la verdad y de frente».

Y aunque parezca tonto, eso nos marcó a todos, incluso a algunos compañeros míos que de adultos se alejaban de Dios, siempre van a reconocer que los valores y el humanismo cristiano que nos enseñó Bruno lo llevan toda la vida. “Con la verdad y de frente, se llega a todos lados”. Él nos enseñó eso, y con el ejemplo. Bruno pensaba con las manos, pensaba haciendo. No se quedaba en las ideas, las transformaba en acción. Podía equivocarse, claro, pero nunca se escondía detrás de los errores. Si algo salía mal, estaba ahí, al lado tuyo, poniendo el hombro y la cara. Por eso era un referente, porque acompañaba con hechos. Aunque tuviera mil cosas pendientes, encontraba siempre un momento para interesarse por lo que te pasaba, cuidando cada vínculo, cada detalle, sabiendo que cada pequeño gesto era parte de su misión.

Con los años, estudié y me recibí de profesor de historia. Así ingresé al plantel docente del Colegio. Bruno asume como Director General y mi camino de alumno, misionero, delegado, exalumno, además de Coordinador de Deportes algunos años y luego docente, fue “coronado” por él cuando me ofreció la Rectoría del Secundario. Sabiendo que otros sacerdotes no me querían, él apostó conmigo. Yo tenía 35 años. Fue el tiempo que en la Congregación se empezó a hablar de los problemas del colegio y su posible cierre. Porque desde el año 1993, el Colegio empezó a perder alumnos y los números no daban, la economía estaba tambaleando y Bruno, en ese momento Superior Provincial de la Congregación, se puso al frente para buscar la forma de sostenerlo.

A mi entender, el conflicto en el Colegio surgió por dos malas decisiones que se tomaron. El primer hecho fue a principios de los años ´80, cuando el Padre Murias ordenó el cierre del Comercial en el secundario y muchos alumnos de primaria abandonaban el colegio para ir a otra escuela al secundario. Unos años más adelante, a fines de 1990, el colegio, que incluso sin el Comercial tenía muy buen número de alumnos y estaba muy bien económicamente, evaluaron que no era más necesaria la subvención del Estado y lo rechazan, apelando un poco a cuestiones administrativas, y otro tanto a

poder aumentar el monto de las cuotas para ampliar los servicios educativos. Pero la realidad hizo trizas esta idea: en el país estallaba la hiperinflación, y los alumnos se iban. Fue quizás el primer paso hacia la adversidad, en tres años se pasó de tener de mil trescientos alumnos a ochocientos.

Bruno buscó alternativas para generar ingresos, intentó convocar y entusiasmar a los exalumnos pero no obtuvo respuesta. Intentó cambiar la portería de lugar para dejar libre una calle que estaba muerta para construir locales, pero en un momento la debacle era inevitable. Llega el año 1998, había un rumor constante de cierre, los padres, escandalizados, hablaban de negociados inmobiliarios para construir un shopping, los docentes y directivos estábamos luchando contra todos esos rumores, hasta que un día Bruno nos reúne y nos avisa la decisión de cerrar el colegio, que era una orden que venía de Italia, de la Congregación. El Superior General era el padre Francesco Radaelli. Nosotros queríamos convencer a Bruno de que era una locura, que había que buscar la forma de salvar al San José, pero parecía inflexible, “orden de arriba”.

En ese momento nombraron al P. Ignacio Gogorza como Obispo en Paraguay. Para su ordenación estaban organizando las celebraciones y sabíamos que

Radaelli iba a asistir. El subdirector general me dice “¿te animás a viajar para hablar con el Superior?” Ni lo pensé, sacamos los pasajes y viajamos. En Ezeiza nos encontramos con el Ecónomo Provincial de la Congregación y con el arquitecto que llevaba el proyecto de la remodelación del edificio para desguazarlo. Los cuatro nos dimos cuenta para qué viajábamos a Paraguay.

Llegamos, Radaelli nos recibió, le explicamos nuestra postura, le decíamos que cerrar el Colegio era un error, que nosotros además de directivos éramos exalumnos y había un sentimiento de pertenencia muy grande y que no íbamos a aceptar graciosamente el cierre, íbamos a pelearlo. Él nos responde que ya había cerrado colegios en Europa, que este era uno más, pero le explicamos que íbamos a defenderlo con toda una comunidad y que podría haber un escándalo mediático en la sociedad si continuaban con la idea del cierre.

Llegó el día y Bruno tuvo que poner la cara para anunciar la decisión final del cierre ante todo el colegio. Fue el 14 de julio de 1998. A la mañana lo anunció en reunión de profesores, muchos de ellos exalumnos, en donde se armó un pequeño escándalo, y a la tarde se convocó a toda la comunidad para anunciarlo como una “decisión irrevocable”. El conflicto había empezado, los medios de comuni-

cación estaban encima, ya era una noticia que impactaba en los medios y Bruno, que no tenía problema en ir al frente con todos, dijo a los periodistas que el colegio “tenía una deuda” o “había perdido” dos millones y medio de dólares. Un dato que para mí era erróneo, porque ese era el dinero que se perdió por todos los alumnos que se habían ido del Colegio. Pero el Diario Clarín publicó eso y el periodismo dejó por sentado que “El Colegio San José había quebrado”. “Hemos buscado todas las variantes, vendimos tierras que pertenecían a la congregación, recibimos ayuda, pedimos créditos, pero no podemos mantener el colegio”, manifestaba Bruno por los medios, que describían así cómo culminó esa reunión: “El encuentro terminó con el rezo del Padre Nuestro, pacíficamente encabezado por Ierullo -que antes había sido recriminado por varios asistentes- seguido por todos, y con el canto del himno del colegio”.

Yo doy fe que Bruno era uno de los muy pocos sacerdotes que no querían el cierre. Él, que nos había formado para defender la verdad e ir de frente ante la vida, nos daba la peor noticia de la que no estaba de acuerdo. Pero Bruno fué tajante: «Yo tengo que hacer lo que me pide la Congregación, hice mi voto de obediencia».

A partir de allí, toda la comunidad empezó a movilizarse. El tema se instaló rápidamente en los medios porque había terminado el Mundial de fútbol y no había más temas para hablar. Se organizaron asambleas, reuniones de padres, encuentros con ex-alumnos y directivos. Bruno hizo un trabajo enorme yendo de reunión en reunión, recopilando ideas y proyectos, reuniéndose con el arzobispo de la ciudad, en ese tiempo el Cardenal Bergoglio, para encontrar una solución. Las mesas del bar “Costa Verde”, de la esquina del Colegio, fueron testigos de acaloradas reuniones para organizar todo el trabajo bajo el lema “El Sanjo sigue vivo”.

En esos días nos llaman de la Secretaría de Educación de la ciudad de Buenos Aires, porque yo había presentado apenas asumí como Rector una petición para que nos devuelvan el subsidio. Hubo una reunión que iba a ser con el intendente De la Rúa, a la que asistimos con Bruno y el P. Agin, pero fue Ostuna, un secretario del gobierno, y el Encargado de Obras y Servicios Públicos de la Ciudad que nos dice “no conozco el colegio, pero imagino que debe tener un Salón de Actos hermoso, unos patios bellísimos, aulas que dan al patio, una capilla... ¿saben qué lindo Palacio Municipal construimos si lo expropiamos?”. Cuando salimos de la reunión, realmente estábamos muy asustados.

Pero gracias a Dios nos llega el comentario que el gobierno de De la Rúa iba a dar al colegio un aporte extraordinario de un millón de dólares. Nos reunimos, hablamos, y al día siguiente Bergoglio nos comunica que si la Congregación dejaba el colegio, el Arzobispado se hacía cargo. Frente a esta decisión, el Gobierno responde que entonces no ponía un peso. Se renuevan las conversaciones y De la Rúa envía al colegio una comisión de la Legislatura para conocerlo, porque lo querían declarar “área de protección histórica”. Estábamos recorriéndolo y en ese momento llega alguien con la noticia de que el presidente Menem acababa de firmar un decreto de declaración del colegio como “monumento histórico nacional”, que no aportaba dinero pero lo protegía de potenciales demoliciones.

Las reuniones continuaban y entre los proyectos presentadas para garantizar el salvataje económico figuraban la reimplantación del subsidio estatal, el alquiler de un sector del edificio para cursos de capacitación, la extensión de la educación mixta, contribuciones de padres, docentes y ex alumnos, rifas y colocación de carteles de publicidad en el campo de deportes que tiene el colegio en la localidad de Martín Coronado.

Nadie había bajado los brazos. Ni los docentes que siguieron entrando al aula con la misma pasión de

siempre, ni los alumnos que organizaron campañas, ni los padres que se reunían noche tras noche buscando soluciones, ni los exalumnos que desde distintos rincones del país enviaban su apoyo. Fue una marea silenciosa de voluntades que, unidas, lograron lo imposible.

Al final, el 8 de agosto, los medios publicaban la mejor noticia: “El San José no cierra, se haría cargo el Arzobispado ante la preocupación expresa del arzobispo de Buenos Aires, monseñor Jorge Bergoglio, que se ofreció a garantizar la continuidad del colegio”.

El colegio finalmente se había salvado luego de semanas de confusión y desvelo. El Colegio San José de Buenos Aires, el que trajo desde Francia su tradición de educación y formación integral, el que inspiró a Bartolomé Mitre en 1863 para crear los colegios nacionales surgidos en su presidencia, el primer instituto privado incorporado a la enseñanza oficial obligatoria en 1880, el que cobijó en sus aulas a Hipólito Yrigoyen, Ricardo Balbín, Enrique Mosconi, Luis María Drago, Felix Luna entre tantos otros alumnos destacados, no solo permanecía abierto sino que renacía con la convicción de que su misión seguía viva. Con la fuerza de una comunidad que se reconoció parte de una misma historia y decidió

cuidarla. Frente a una orden que llegó desde Europa, nadie había claudicado.

Ese fin de año termina el mandato de Bruno como Superior Provincial y asume el P. Gaspar Fernández Pérez. Pero para mucha gente del colegio Bruno quedó pegado con la idea del cierre, para muchos era mala palabra y a mí se me partía el alma. Bruno no podía venir al San José. En esta historia la única verdad es que él puso la cara por lo que mandaba la Congregación. Y le produjo una enorme tristeza.

Con la noticia del salvataje, hacíamos las cuentas para saber cuántos alumnos se necesitaban para equilibrar la economía, el número era 439 y empezamos el ciclo lectivo con 468 alumnos. El colegio no daba los déficits que daba antes pero para esto hubo que hacer un ajuste de gastos y de personal que no fue grato para nadie, aquí fue fundamental el acompañamiento de los docentes y todo el personal que continuó trabajando, pero con un gran esfuerzo económico, y los padres que alguna vez pagaban una cuota extra.

Y se sumaron muchas acciones que nos ayudaron a solventar nuevamente el colegio además de la cons-

trucción de locales comerciales sobre una de las calles. Por ejemplo, vino un día un fotógrafo a sacar fotos del edificio, las publicó en un book, se difundió, y a partir de allí nos contrataban agencias de publicidad para alquilar las instalaciones y filmar comerciales. También se ganó una funcionalidad al colegio para realizar convenciones, charlas y eventos, fundamentalmente en el salón de actos. A la vez, iniciamos un convenio de colaboración con la cátedra de Restauración de la Universidad Torcuato Di Tella para que sus alumnos realicen sus prácticas poniendo a nuevo todo lo que pudieron, gracias a un aporte económico de la nieta de un exalumno, que fue un proyecto que puso en valor al Colegio. Gran parte de lo que se pudo lograr fué mérito de Jorge Martínez Vivot, exalumno y actual Administrador del Colegio, que siempre trabajó y sigue trabajando a favor del “Sanjo” con un compromiso envidiable.

Cuando repaso esta historia, buscando una explicación, siempre pienso en una teoría muy particular, muy personal, que nunca tuve cómo comprobarla. Los directivos sabemos que para cerrar un colegio, por reglamento basta con notificar al Ministerio de Educación durante el mes de febrero de cada año. Pero Bruno lo anunció a mitad de año, para mí con el objetivo de crear un caos y poder movilizar a la comunidad. Nunca le pregunté, pero es lo que yo creo desde siempre.

Con Bruno seguíamos cruzándonos en las reuniones de directivos y sacerdotes donde se organizaba la pastoral educativa de la congregación. Nunca dejamos de estar en contacto. Ya estaba muy enfermo cuando coincidimos en una reunión en Pilar. Lo vi llegar despacio, con esa serenidad que uno solo alcanza cuando ha hecho todo lo que debía hacer. Ese día, cuando hablamos, con esa mirada y su dificultad para hablar, entendí que Bruno estaba viendo venir la muerte con la misma claridad con la que había vivido: de frente, sin temores, con fe. Se despidió de mí pidiéndome perdón. Fue un momento muy fuerte, de esos que te quedan grabados para siempre. Yo le respondí «no me tenés que pedir perdón, mi cariño por vos no se negocia».

Sentí que se alivió, como si hubiera soltado un peso que llevaba en el alma. Sé que murió con esa pena de haberse sentido responsable del cierre del colegio, pero también sé —lo sé de verdad— que en el fondo de su corazón nos protegió a todos los que no queríamos que el Sanjo cerrara. Nos cuidó, nos acompañó, nos avaló desde el lugar donde siempre supo estar, al lado nuestro. Y por eso, por su entrega silenciosa, por su manera de amar con hechos más que con palabras, le estaré eternamente agradecido.

Gracias, querido Padre Bruno, por haber sido guía, amigo y testigo del amor de Dios. Tu vida fue, y seguirá siendo, una semilla de luz en todos los que tuvimos la dicha y la bendición de compartir tu camino, sabiendo que con la verdad y de frente, se llega a todos lados.

Tu amigo Héctor.